

De Zamora a Francia, al Zaire...

Consuelo Huerga González

Llegué a París cuando tenía 18 años llena de entusiasmo, ilusión e ingenuidad. Quería aprender francés, hablado y escrito correctamente. Encontré trabajo para cuidar niños, la madre de los cuales hablaba español y quería practicarlo y mejorarlo también. Para obtener el permiso de residencia, me hicieron un contrato de trabajo y, como todos, tuve que ir a las dependencias de migración francesas para arreglar mis papeles.

No recuerdo cómo se llamaba aquella oficina, ni en qué calle estaba; pero lo que no se me olvida es que había que entrar por el patio trasero de un gran edificio, en el interior de la oficina estaba una funcionaria francesa de unos 60 años, gorda, de aspecto desaliñado, fumando sin parar “gauloises sin filtro”¹.

En el interior había un gran mostrador, que dividía la sala en dos partes bien desiguales. Del mostrador para dentro se movían los funcionarios y estaban sus archivos. Del otro lado del mostrador esperábamos nuestro turno los emigrantes. No había ni una sola silla y teníamos que prolongar la cola en el patio exterior, así hiciera frío, calor, lloviera o nevara. Cuando yo entré por primera vez en aquella oficina, muchos de los funcionarios estaban fumando y como yo he sido una fumadora empedernida, pues encendí también un cigarrillo. Apenas le había dado dos caladas cuando esta funcionaria de aspecto desagradable me gritó que apagara el cigarrillo, porque allí no se podía fumar. Nunca he tolerado el “orden y mando” y siempre he reaccionado con rebeldía, así que le contesté que si no se podía fumar por qué estaba fumando ella, a lo que se enfadó todavía más si cabe, diciéndome que ella era francesa y estaba en su país y yo no, y que por lo tanto, tenía que apagar el cigarrillo

¹ Marca de cigarrillos franceses poco elaborados y fuertes (N.E.).

inmediatamente. Cabezota que yo soy, le contesté que cuando ella lo apagara, lo apagaría yo y la discusión seguía en aumento, hasta que me dice que si no hago lo que me manda, no voy a tener mis papeles y me va a regresar a mi país y yo que le contesto que yo no dependo de ella, pero ella sí depende de mí, porque tiene trabajo gracias a que hay emigrantes que tienen que arreglar sus papeles, y si no hay emigrantes no hay trabajo para ella. Si ella gritaba, yo gritaba más fuerte, si me decía que no le gritara, yo le respondía que empezara ella por dar ejemplo, total que todo el mundo estaba pendiente del espectáculo que estábamos dando y más de uno con la boca abierta. Ni ella ni yo apagamos los cigarrillos y cuando se dio cuenta que no iba a poder someterme ni callarme, se ocupó de arreglarme los papeles con rapidez, para que me fuera de allí cuanto antes.

Ni esta señora ni yo podíamos imaginar las repercusiones que tuvo esta discusión: para mí supuso el que a partir de entonces me dedicara al servicio y defensa de los demás y para ella, el tener que aguantar mi presencia y atenerse a respetar a los emigrantes durante todo el tiempo que yo estuve en Francia. Porque cuando salía de la oficina, en el patio había españoles pidiéndome que les ayudara a tramitar sus papeles en esa oficina, fundamentalmente porque ninguno de ellos entendía ni una palabra de francés y yo me defendía más o menos, porque lo había estudiado en el bachiller y me encantaba, por lo que ese día lo pasé enterito en aquella oficina, traduciendo, rellenando papeles, plantándole cara a aquella señora e incluso disfrutando de haberle ganado el pulso y, por supuesto, fumando.

Era raro el día que algún español no me pedía que le ayudara con su permiso de residencia y cuando llegábamos a la famosa oficina, siempre se apuntaban algunos más. Mi actitud era siempre la misma, ya casi un acto reflejo, en cuanto veía a mi contrincante, encendía un cigarrillo, aunque acabara de fumar uno y el de la señora, llamándome para atenderme rápido y tenerme a la vista el menor tiempo posible; pero yo ni ese gusto le daba, siempre respondía que había que respetar la fila y me atenderían cuando me llegara el turno, no antes. Así me gané las simpatías de los emigrantes y encendí las iras de aquella insensible mujer.

Yo pensaba que todo estaba bien, no me cuestionaba nada y mucho menos sospechaba que la situación en España era otra que la que nos habían enseñado en el bachiller. Al enfrentarme con esta funcionaria francesa, al principio fue a título personal, por ese espíritu rebelde que siempre he llevado dentro, pero poco a poco fui abriendo los ojos y descubriendo toda la problemática y las miserias de los emigrantes y por ende, de España.

Vengo de una familia en la que nunca se hacían comentarios políticos. Mi padre estuvo en la Guerra en el bando nacional y nunca hablaba de ello. Mi madre no salió de Villanueva durante la Guerra y tampoco hacía comen-

tarios al respecto. Todo se daba por sentado y no había cuestionamientos de ningún tipo. Pero sí nos educaron de manera que asumiéramos nuestros actos, fuéramos responsables y tuviéramos argumentos, a no agachar la cabeza y a defender nuestras posturas. Así que yo pensaba que estaba bien armada para hacer frente al mundo y en esa convicción no le temía a nada ni a nadie y ni se me pasaba por la cabeza que esto no era suficiente. Ingenua de mí, creía que lo único que me faltaba era hablar francés correctamente. La realidad se encargó de enseñarme que las cosas no son como parecen.

No entendía por qué los emigrantes españoles permitían que les trataran con tanto desprecio y despotismo y me encendía aquella mirada de pánico cuando yo levantaba la voz en contra de todo eso. Se lo decía a ellos, que un español no puede tolerar esas vejaciones y que hay que mantenerse en su sitio, haciéndose respetar. Empezaron a contarme sus historias, diferentes, pero iguales todas ellas. Apenas si fueron a la escuela, o sea, que sabían leer y escribir con dificultad, en cambio sabían mucho de trabajos duros, de salarios de miseria, de hambre, de necesidad, de puertas cerradas, de deudas en tiendas de comestibles que ya no siguen dando fiado, por lo que la única posibilidad de sacar adelante a la familia, es trabajar en Francia, conseguir el permiso de residencia y mandar un giro a la familia para que vayan tirando. Llegas a Francia y es peor que en España, porque además no hablas francés, así es que suplicas por un trabajo, por el salario que tengan a bien darte, si quieren te hacen un contrato de trabajo para tener los papeles en regla, si no puede ser, pues hay que seguir trabajando igual, sin hacer ruido, para que no nos manden de regreso a España. Cuando vas a la oficina de emigración, todos esos impresos que te dan para rellenar y que no sabes ni dónde hay que poner el nombre, pides ayuda y te dicen que lo hacen si les das dinero, ráscate el bolsillo y aguanta hambre para tener los papeles y cuando llegas a la ventanilla, que está mal, o que le falta un papel o que vuelva usted mañana² y el patrón que no te paga las horas que estás en la emigración, que te cobra los gastos administrativos de la gestión del contrato, y que ya empieza a cansarse de tanta ausencia, con tantos como hay que quieren trabajar y hasta sin contrato, y además se ríen de ti cuando dices algo en francés porque no sabes pronunciarlo, por lo que no podemos protestar, no sabemos dónde está nuestro sitio y queremos comer y que coman nuestros hijos y a ver si podemos ahorrar algo para volver a España lo más pronto posible, porque esto no es vida. Y los que se quedaron

² El “vuelva usted mañana” es expresión coloquial en la administración española cuando no se quieren resolver la documentación, su origen está en un artículo de Mariano José de Larra publicado en 1833 en *El Pobrecito Hablador* (N.E.).

en España, esperando el giro como agua de mayo³, aguantando la vergüenza de que mi padre se fuera de emigrante a Francia, escribiendo cartas muy largas y siempre pendientes del cartero. Y para mi sorpresa y asombro ni son delincuentes, ni gitanos, ni gentes de mal vivir. Son gente de lo más normal que soportan estoicamente lo que tienen encima y que sólo aspiran a tener una vida normal, entendiendo por normal no pasar hambre, comprar un piso y darles algunos estudios a los hijos, para que se defiendan en la vida y no tengan que pasar por las calamidades que ellos están pasando.

La familia con la que yo trabajo y con la que vivo, me hace preguntas sobre España de las que ignoro las respuestas. Es una familia muy agradable y mi relación con ella va mucho más allá de cuidar a los niños. Nunca me negaron un permiso para ir a la oficina de emigración a ayudar a los españoles que me lo pedían, al contrario, me asesoraban en muchas cuestiones que facilitaban los trámites. Terminamos intercambiando confidencias, sobre todo la madre de los niños.

Un día, caminando por los pasillos del metro, oigo a alguien cantando y tocando la guitarra. Me pareció una voz conocida y me volví a mirarle. Se trataba de un compañero de estudios de Ponferrada, con el que no había tenido mucho trato allá, pero me alegré mucho de ver una cara conocida y nos saludamos como si fuéramos los mejores amigos del mundo. Él se ganaba la vida tocando la guitarra y cantando en el metro y vivía en una de esas comunas producto de mayo del 68 y de las que yo ni había oído hablar. Fue un choque fuerte ver cómo vivían en esas comunas y más ver cuántos niños habían nacido como consecuencia de los largos encierros en la universidad. En todo caso, todos ellos eran jóvenes universitarios de cualquier nacionalidad, que habían colgado los estudios y trataban de sobrevivir con el espíritu *hyppy* en contra de todo lo establecido. Yo miraba todo aquello con los ojos a cuadros, no tenía nada que ver, y más bien estaba en contra de mi perfecto mundo que yo creía el único hasta entonces. Todo lo que yo conocía estaba bien, lo demás era desechable y aborrecible en mi mentalidad, por supuesto. Ricardo, que así se llama mi amigo, entablaba grandes discusiones conmigo a propósito de su forma de vida y de la mía. Él me tildaba de burguesa reaccionaria y yo le tildaba a él de aprovechado y explotador por despotricar contra la sociedad, pero a vivir a cuenta de ella sin trabajar.

Ricardo se encargó de introducirme en otro mundo totalmente desconocido para mí: el de los intelectuales disidentes españoles, dentro y fuera de España. Es curioso, porque este mundo de la intelectualidad vivía completa-

³ Expresión coloquial en el interior de España, significando la magnífica oportunidad que supone pues es creencia cierta que “lleva en mayo, pan para todo el año”. (N.E.).

mente al margen, e incluso ignoraba, de los emigrantes que llegaban a Francia en búsqueda de un puesto de trabajo y, por supuesto, estos últimos, ni sabían de su existencia. Escuché y participé muchas veces en discusiones filosóficas, políticas y existenciales del café L'Odéon y en el "Quartier Saint Michel", descubrí el encanto de Montmatre, me inicié en el cine de calidad y descubrí el teatro independiente.

En paralelo, estaba el círculo de los meramente emigrantes que se circunscribían a Trocadero. Los del barrio "Saint Michel" hablaban de los emigrantes como la masa popular, un caso perdido, vaya, con los que no había que mezclarse ni perder el tiempo con ellos. Y los de Trocadero (los que ya tenían su "Carte de séjour" y ya llevaban varios años allá) consideraban a los de "Saint Michel" los "hijos de papá" que no han sabido nunca lo que es ganarse el pan. Nunca estuve de acuerdo con ninguno de los dos y todavía hoy sigo pensando lo mismo. El caso es que yo me sentía bien con unos y con otros, aprendiendo de ambos, pretendiendo que los primeros pusieran los pies en el suelo y que los segundos salieran a superficie y ocuparan su lugar, al mismo tiempo que yo iba perfilando el mío.

Recuerdo también de una manera especial la representación del grupo Tábano⁴ en una sala de París, aunque no recuerdo el título, pero sí que eran historias cortas que plasmaban con ironía y crudeza conductas de la sociedad española y, muy especialmente, la actitud de los jóvenes españoles ante el sexo y la religión. Ahí nació mi amor al teatro que ha ido creciendo a medida que van pasando los años. Hasta entonces el teatro me aburría, porque me parecía pomposo, remilgado y aburrido. Al terminar la representación se inició una especie de debate, que más bien parecía un cajón de sastre, donde se iba saltando de un tema a otro sin orden ni concierto, hasta llegar a conformar grupos bien diferenciados que iniciaron su propia tertulia por separado, cada grupo tratando los temas de su orden del día particular, habiendo sido la obra de teatro únicamente la excusa perfecta para reunirse.

Así me di cuenta que intercambiaban información y consignas los que venían de España con los que vivían en Francia y no sólo estaba presente el Partido Comunista, allí había gran variedad, con lo cual descubrí que no todos los "rojos" eran comunistas y que no eran ni tan peligrosos ni tan desalmados como nos los pintaban.

Sylvie, la hermana pequeña de la madre de los niños que yo cuidaba, me introdujo en la sociedad francesa, su vida y sus costumbres. Era dos años mayor que yo y simpatizamos desde el primer momento. Lo que más me sorprendió era que hablaban de cualquier tema con absoluta normalidad, dis-

⁴ Grupo de teatro. (N.E.).

cutían sobre ellos y no se rompía nada. No había temas prohibidos y ningún temor a expresar opiniones por muy controvertidas que fueran. Yo no acababa de salir de mi asombro. Los fines de semana nos íbamos fuera de París y conocí bastantes lugares de Francia. También estuvimos en los Alpes suizos, queríamos estar dos semanas, pero el dinero se nos acabó en la primera y tuvimos que regresar. En mi vida he estado en un lugar tan caro como Crans sur Sierre, cobraban hasta por estar allí. Desde luego que, en aquella época, los españoles éramos diferentes, estábamos apocados y atemorizados, incluida yo, y es normal que el comportamiento de los jóvenes franceses me asombrara, pero, al mismo tiempo, me apasionaba, porque se adapta muy bien a mi carácter. Aunque no quiere decir que sean perfectos, nadie lo es, naturalmente, pero he tenido en mi vida más de una discusión defendiendo la forma de ser de los franceses. En una ocasión, recuerdo que estábamos en una cafetería esperando al grupo para irnos a alguna parte. Yo estaba acatarrada y comenté ‘je suis constipée’ y un muchacho suelta la carcajada, burlándose de mi comentario. Yo no entendía nada y Sylvie me explicó que en francés constipado significa estreñido y por eso se reían. Así que le pregunté al muchacho cuántos idiomas sabía y como su respuesta fue que sólo hablaba francés, le dije que si alguien podía burlarse era yo de su ignorancia, porque yo hablaba correctamente el español y me defendía en francés, aunque cometiera algún error de vez en cuando. Me pidió disculpas y nunca más volvieron a reírse de mi francés, pero sí me corrigieron con respeto cuando no lo hablaba como es debido.

Estaba en Francia cuando murió Georges Pompidou⁵, concretamente, en la Costa Azul, en una urbanización privada donde pasaban las vacaciones esta familia con la que trabajaba, en Le Lavandou, muy cerca de la residencia de verano del Presidente francés. Cuando dieron la noticia por la radio, me entró el pánico en el cuerpo y no salía de mi asombro al ver que esta familia continuaba con su vida como si tal cosa. Lo más curioso para mí, claro, es que Francia entera siguió como si tal cosa. Ni salió el ejército a la calle, ni la policía, ni manifestantes, ni nada de nada. Se murió el Presidente, recibió sus honras fúnebres, pero no se interrumpió nada, no hubo ningún cataclismo y la vida siguió su curso tan ricamente.

No es que yo adoptara la forma de ser de los franceses, ni que renegara de los españoles, pero sí me removié los cimientos cuanto iba conociendo. Por mi forma de ser, todo lo rumiaba mucho, haciendo mío lo que realmente iba con mi carácter y desechando lo que no acababa de ver claro. Como siempre me ha gustado leer y tengo debilidad por la historia, me interesé especialmen-

⁵ Presidente de la República francesa de 1969 a 1974, falleció el 2 de abril de 1974. (N.E.).

te por la historia española y comprendí y aprendí algo de la Guerra Civil española y la Segunda República. El Franco que me habían enseñado en España, se desveló como un ídolo de pies de barro y cayó hecho mil pedazos. Nunca he sido violenta y tampoco reaccioné violentamente en aquel momento pero sí entendí entonces por qué los franceses eran como eran y también por qué los españoles eran incapaces de reaccionar cuando degradaban su dignidad. Me pasaba un poco como a Unamuno⁶: me dolía España. Aunque siempre me he reafirmado en mi condición de española, reconozco los males y los atropellos de España, me duelen y nunca quiero que se repitan. Pero también siento orgullo de las grandes hazañas de España, de sus pueblos y de sus gentes, con sus luces y sus sombras, que también son las mías.

También estaba en Francia cuando se produjo el golpe de estado en Chile⁷. Todos los medios de comunicación franceses le dieron amplia cobertura y la verdad es que yo recibía esa información como algo muy lejano, hasta que conocí a Rosario y comprendí toda la brutalidad del asunto. Rosario tenía 8 años, era la hija pequeña del médico de Allende. Su recuerdo permanece muy nítido en mi memoria. Era morena, con una media melena de pelo negro y unos ojos negros preciosos que te miraban con angustia, como pidiéndote que le ayudaras a arrancar de su memoria el horror de haber visto cómo mataban a su padre, de cómo su madre las protegió a su hermana y a ella llevándolas a la embajada francesa y cómo había emprendido el viaje del exilio y el refugio en Francia. Me cogía la mano con las suyas, se pegaba a mí y levantaba su cabecita con esa mirada que conmovía el alma.

Una amiga mía francesa, maestra para más señas, se ofreció de voluntaria para enseñar francés a los refugiados chilenos. Fue una de las medidas que tomó el gobierno francés para insertar a los refugiados en la sociedad francesa. Y esta maestra me pidió que la acompañara para echarle una mano porque ella apenas si hablaba español y sentía que no podía transmitirles muchas cosas. La acompañé encantada y me encontré de golpe con lo que significa un golpe de estado, el horror y la tragedia para los golpeados. Entre ellos estaba Rosario. No hablaba, y se aferraba a su madre como a una tabla de salvación. Yo conseguí soltarla de su madre, le conté muchos cuentos, la saqué a pasear sin soltarla, ni soltarme ella, de la mano y sin dejar de hablarle. A partir de

⁶ Miguel de Unamuno y Jugo, Bilbao 1864, Salamanca 1936, profesor de la Universidad de Salamanca y rector de la misma. Miembro de la Generación del 98 como poeta, destacó como pensador “regeneracionista”. (N.E.).

⁷ La autora se refiere al golpe de estado protagonizado por el general Augusto Pinochet contra el régimen democrático de Salvador Allende, realizado el 11 de septiembre de 1973, como en parte relata la autora más adelante. (N.E.).

ahí, fui todos los fines de semana a verla y estar con ella. Conseguí que hablara, pero jamás habló del infierno que vivió cuando mataron a su padre. Lo que tampoco conseguí fue vestirla con colores alegres, cuando intentábamos que se los pusiera, se encerraba en sí misma y costaba que volviera a tener confianza. Tampoco jugaba, no aceptaba ningún tipo de juego, únicamente hacía dibujos, siempre con colores oscuros, donde no faltaba su madre bien pegadita a ella.

Esta niña me conmovió de tal manera que desde entonces considero que las guerras y los golpes de estado no justifican nunca el horror de una niña de ocho años y siempre lo personifico en ella. Y, aún sin yo saberlo, fue la razón de mi compromiso a luchar por la libertad en España sin que hubiera enfrentamientos armados y cuya única arma válida fuera la palabra, desde la razón y la verdad, poniendo de mi parte cuanto pudiera poner. Hoy comparto mi vida con un chileno, desde hace años ya, y por él conozco muchos detalles de la historia de Chile y de cómo se llegó al derrocamiento de Salvador Allende, pero sigo identificando el golpe de estado con la pequeña Rosario y la repulsa que siento hacia Pinochet es porque le considero culpable del desgarramiento de aquella niña, así es que me alegra cuando es encausado por algo y no puedo estar de acuerdo para nada en que se le deje morir en paz porque ya tiene una edad avanzada, porque cuando él cometió todas aquellas atrocidades tenía edad suficiente para saber lo que estaba haciendo y consciencia para conocer la brutalidad de sus atropellos, mientras que Rosario encarna la inocencia de la infancia arrancada de cuajo y con secuelas para toda la vida, así es que, al menos, tiene derecho a que se haga justicia, ya que no se puede borrar el pasado.

Con el tiempo he sabido de muchos casos tan desgarradores como el de Rosario que tienen que ver con la Guerra Civil española y el hermetismo del franquismo, pero lo cierto es que tal vez por ser historias del pasado, o porque están impresas en un libro, o porque yo no las he vivido directamente, no los he sentido tan en carne viva ni me han afectado tanto como el de Rosario, a quien perdí la pista porque su madre se fue a la Unión Soviética (de aquel entonces) y, como es natural, se llevó con ella a Rosario, aunque la hija mayor prefirió quedarse en Francia, y durante algunos años me mantuvo al corriente de cómo les iba a su madre y hermana.

Al Zaire me fui como misionera laica con una institución llamada EKUMENE, llena de ilusión, entusiasmo y ganas de hacer grandes cosas. Iba a trabajar en un proyecto que me encantaba (entonces le llamábamos “empresa social”) con los maestros nativos en Lubumbashi. Por acuerdos con el arzobispado, dábamos seguimiento a las escuelas de primaria, con capacitaciones y acompañamiento de los maestros.

Con un grupo de maestros que quisieron participar en el proyecto, hicimos la empresa social, que consistía en trabajar todos por igual y repartimos los beneficios. Solicitamos al gobierno la cesión de una granja abandonada, a 16 kilómetros de Lubumbashi y nos la cedió tras largos años de papeleo. Tenía 40 hectáreas y la atravesaba un riachuelo. Al principio, los maestros llegaban a pie, pero conseguimos fondos para comprar bicicletas para todos, lo que significó el primer lujo para los maestros. Como durante la semana trabajábamos en las escuelas, íbamos a la granja el domingo a las 6 de la mañana. Allí, con la azada como única herramienta, el primer año preparamos una hectárea para sembrar maíz. Al principio, yo pensé que no iba a ser capaz de soportar el calor. Recuerdo que me llevaba una garrafa de 5 litros de agua congelada, que para las 8 de la mañana ya parecía un caldo y no me alcanzaba para aplacar la sed. Cada cinco minutos bajaba al riachuelo y con el sombrero me echaba el agua encima hasta quedarme bien empapada, pero se secaba enseguida y vuelta a empezar. La tierra estaba seca y dura y no era capaz de hacer más de un metro de labrado en todo el día. Hasta que las manos se encallaron, pasé por tremendas ampollas, que se reventaban y me producían tremendo dolor cuando agarraba la azada, así que para poder hacerlo me vendaba las manos con algodón para amortiguar la presión.

Fue duro el adaptarme y más cuando era consciente de que disponía de todas las comodidades en la casa (agua corriente, luz, congelador, ducha, lavadora, casa amplia, un dormitorio sólo para mí, comida suficiente...) y podía recuperarme del esfuerzo. Desayunaba bien antes de salir de casa (a las 5 de la mañana, para estar a las 6 en la granja) y cuando regresábamos (a las tres o las 4 de la tarde) me bañaba, bebía agua bien fresca y comía fuerte para reponer fuerzas. Pero no era así para los maestros, que se iban a trabajar con el estómago vacío y al regreso, muchos días no tenían ni siquiera bukari⁸ para llevar a la boca. Por ese motivo y pensando en ellos, sacaba fuerzas de flaqueza para seguir dándole a la azada, porque para mí la bicicleta no significaba esfuerzo añadido, sino una gran satisfacción porque nos igualaba a todos y lo pasábamos muy bien en el recorrido. El sacrificio no era comparable a la ilusión que teníamos todos con nuestra granja. Vivíamos a tope el momento de la siembra, cuando empezó a salir el maíz, cuando le echamos la urea o el abono NPK⁹, cuando arrancábamos las hierbas, que cuando terminábamos había que empezar de nuevo, cuando empezaron a nacer las mazorcas y nos preparábamos para la cosecha. Eran vivencias tan hermosas que no creo ser

⁸ Por el contexto se deduce que bocado acompañante de la comida, es decir, pan, como explica líneas más abajo (N.E.).

⁹ Señala la composición del abono, N (nitrógeno), P (fósforo), K (potasio) (N.E.).

capaz de plasmarlas en el papel como corresponde. El domingo que íbamos a empezar la cosecha, cuando llegamos al campo se nos vino el mundo encima: nos habían robado casi todo el maíz.

Estábamos todos como alelados, yo recuerdo que no era capaz de reaccionar, sólo miraba y me resistía a creerlo. Después vino el coraje y recogimos todo el maíz que nos dejaron y lo llevamos a nuestra casa, que era el único lugar seguro, para que no nos quitaran ni una mazorca más. Pensábamos que ese año el grupo de maestros no iba a pasar hambre porque tenían asegurado el maíz de su bukari y sólo nos quedó para repartir dos sacos de maíz a cada maestro, o lo que es lo mismo, seguir pasando hambre y esperar que la próxima cosecha sí pudiéramos recogerla nosotros y ser los únicos beneficiarios. Siempre nos robaron, lo que es lógico porque no estábamos allí permanentemente y con el hambre que arrastraba todo el mundo, el milagro hubiera sido lo contrario.

Al año siguiente sembramos dos hectáreas de maíz y sembramos alubias y soja con el doble objetivo de enriquecer la tierra y diversificar la alimentación de los maestros, además de cacahuets que, todo hay que decirlo, nunca se nos dio muy bien y acabamos por no sembrarlos más porque consideramos que no merecía la pena tanto esfuerzo para tan poca cosa. Tengo que decir que el bukari es el alimento base de los zaireños. Consiste en moler los granos de maíz (con una piedra) y la harina que se obtiene se echa en agua hirviendo, dándole vueltas para que no se agrume. Esa masa bastante espesa que queda es el bukari y la mayoría de las veces la comían con agua y sal una vez al día, cuando la comían. Por más que intenté comer bukari, fui incapaz, aquello no me pasaba, aunque me decían que los negros nunca iban a aceptarme si no lo hacía; pero en todas partes a uno le aceptan o le rechazan por su actitud, no por una comida, como siempre he constatado. Es más, los zaireños no soportan comer lechuga en ensalada, o huevos fritos, dos cosas que a mí me encantan y no por eso les rechacé o sentí que me estaban haciendo un desprecio, por lo que estoy segura que ellos reaccionaban igual hacia mi persona cuando no aceptaba el bukari.

Todo en el Zaire es sorprendente, chocante y muchas veces desesperante por la impotencia que sientes ante tantas y tantas situaciones. Yo llegué con 100 kilos de exceso de equipaje y allí caí en la cuenta de que no llevaba gran cosa. Entre lo que llevaba, había unas gafas graduadas para un maestro que apenas si podía ver y además estaba enfermo. Vicen, mi compañera de Ekumene, me llevó al hospital, al día siguiente de haber llegado, para que conociera al maestro en cuestión y darle las gafas. Fue toda una experiencia para mí. En ese momento pensé que Vicen estaba haciéndome una especie de prueba y me pareció muy fuerte para ser el primer día. La realidad se encargó de demostrarme después que no se trataba de ninguna prueba macabra. Entrar

en aquel hospital de Lubumbashi, fue entrar de golpe en la miseria del Tercer Mundo. Desde la misma entrada empecé a ver enfermos en el suelo, algunos sujetando, ellos mismos o algún familiar, una botella de suero por vía intravenosa. El pasillo y las escaleras mostraban el mismo aspecto y yo sentía que me temblaban las piernas y que en cualquier momento iba a darme un soponcio. Al llegar a la sala, donde se suponía que estaba el maestro, resultó que no lo encontramos. Lo habían cambiado de lugar y la única manera de dar con él, era buscándolo, así es que nos íbamos parando en cada cama, saludando y preguntando si alguien sabía de él. Las camas eran un poema: no había sábanas, los colchones tenían de todo menos higiene y en cada cama había tantos enfermos como cabían en ella, pero no menos de tres en cada una. No sé cuántas salas había, ni cuántos pasillos, ni cuántas escaleras, pero a mí aquello se me hacía enorme y cada vez más insoportable. Le decía a Vicen que lo dejáramos ya y que fuéramos a casa del maestro porque tal vez estaría allí, pero ella erre que erre, no me hacía ni caso, entre otras cosas, porque ella sí sabía cómo eran las cosas en Lubumbashi y yo acababa de llegar. Finalmente dimos con el maestro. Estaba en una sala que tenía el hospital para aislar a los enfermos más graves y con riesgo de contagio, no sé para qué, porque era exactamente igual que el resto del hospital, sin sábanas, sin desinfectar, y sin ningún tipo de precauciones. Mereció la pena recorrer ese vía crucis para encontrar al maestro. A mí me pareció muy mayor y muy enfermo. Se emocionó mucho por nuestra visita y más aún cuando le dimos las gafas traídas de España especialmente para él. Pienso que entonces ya estaba completamente ciego, pero igual se las puso y pareciera que eran el remedio de todos sus males. Murió dos días después y agradecí a Vicen que hubiera insistido en encontrado a pesar de todos mis malestares, porque ese maestro murió con algo suyo, mandado a traer de España y que en aquel entonces era privilegio exclusivo de los blancos (wamusungu, en suahili). Aquellas gafas le dieron dignidad para morir y constituyó la única herencia que dejó a sus hijos. Por eso digo que mi equipaje no era nada para todas las necesidades, esperanzas o sueños de cuantos zaireños conocí.

En la granja había una casa en ruinas que acondicionamos un poco para que pudiera vivir allí una familia que cuidara de nuestra cosecha. Ellos hacían su propio campo de maíz y era su medio de subsistencia. Tenían una niña preciosa con la que yo me encariñé mucho. Al principio tenía verdadero pánico de Vicen y de mí porque éramos blancas y en el Zaire a los niños les asustan con que viene el blanco, como en España con que viene el hombre del saco, así es que en cuanto nos veía, se ponía a gritar y a llorar desesperada. Poco a poco se fue haciendo a nosotras y al final corría a saludarnos cuando nos veía llegar. Pero un domingo no salió a saludarnos y nos acercamos a la casa

pensando que todavía estaría durmiendo. El papá nos dice que ha muerto y que ya la han enterrado.

Le dio el sarampión, y para quitarle el “fuego” del cuerpo la metieron en el arroyo, lo que le produjo la muerte. La impotencia y el dolor nos hizo enfadarnos con el papá porque no nos había pedido ayuda y parecía que no le afectaba el que hubiera perdido a una hija, que no era la primera, por cierto. De los doce hijos que había tenido, sólo le sobrevivió uno, todos los demás murieron de niños. Era algo que no cuadraba en mi mentalidad porque vengo de una familia de 13 hermanos, donde los niños siempre han sido el centro del universo, mis padres siempre atentos a cualquier percance que pudiera ocurrirnos y me admiraba que no se les escapara ningún detalle de cada uno de nosotros, cuidándonos, protegiéndonos y dándonos cariño.

Otro día, al llegar a la granja, salió a recibimos el guardián todo contento porque acababa de tener otra niña esa misma noche. La mamá y la niña estaban bien y nosotras no sabíamos si reír o llorar cuando nos contó cómo había sido el parto. Nos contó que sintió los dolores y salió de la casa para dar a luz, en medio de la oscuridad, con tanta serpiente como había por allí y las hierbas que eran como matorrales, se puso en cuclillas, rompió aguas y parió a la niña. Ella misma cortó el cordón umbilical, la envolvió en su “pañe” (vestido que usan) y regresó a la casa para presentar la niña a su padre. Estaba haciendo tareas cuando llegamos y otra vez regañina al papá y la obligamos a meterse en la cama y que reposara. Hablamos muy seriamente con los dos, y especialmente con el papá para que cuidara a esa niña y que, al menor síntoma de enfermedad, nos lo dijera. Iba creciendo preciosa, regordeta y sonriente que daba gusto llegar a la granja y ver a aquella criatura. Cuando tenía seis meses, le dio el sarampión. El papá nos avisó, después de haber bañado a la criatura para que se refrescara. Yo estaba decidida a no permitir que aquella criatura muriera y empecé una batalla contra todo y contra todos para que aquella niña pudiera seguir viviendo.

Todos me decían que era inútil, porque el sarampión, complicado con la neumonía no tenía solución y que iba a dar vueltas por gusto, pero no podía escucharlos porque me dolía demasiado aquella situación. Removí Roma con Santiago para ingresar a la niña en un hospital en el que pudieran hacer algo por ella, porque ya sabía que en el hospital general lo único que conseguiría era precipitar su muerte. Tengo que decir que el sarampión era una plaga que arrebatava a cientos de niños cada año y en la sala infantil del hospital general había cuatro niños en cada camita y un montón de mamás con sus niños en brazos alrededor de las camas, esperando que un niño muriera para recostar al suyo en el lugar que había quedado libre. Conseguí ingresar a la niña y a su madre en el hospital de los ferroviarios y mañana y tarde pasaba por el hospital para asegurarme que la niña recibía todos los cuidados, y que la mamá

se alimentaba y seguía al pie de la letra todas las instrucciones hospitalarias. Tenía la firme convicción de que iba a recuperarse y tal vez por eso la veía mejor cada vez que iba a verla, aunque tenía la carita apagada y no conseguía que sonriera. Hasta que una mañana que estaba trabajando en casa, me dicen que una señora pregunta por mí, voy al salón a ver de quién se trata y veo a la mamá que se levanta del sofá y me entrega al bebé completamente tapado con una toquilla: había muerto. No sé lo que sentí en aquel momento, en todo caso, de todo menos alegría. Las compañeras me explicaron que la mamá consideraba que el bebé era mío por todo lo que había hecho por ella y por eso había venido a entregármelo.

Fue tan fuerte la vivencia de la mamá con su bebé muerto en brazos pasándomelo a mí que no sé exactamente cómo fue el entierro ni quién se ocupó de todos los detalles, a partir de nuestra casa. Esa mujer había caminado 5 kilómetros (desde el hospital hasta nuestra casa) con su hijita muerta en los brazos y tenía una expresión de serenidad y de resignación, como diciendo no hay nada que hacer y no merece la pena luchar contra la fatalidad. Me rebelaba porque toda mi lucha (y había sido mucha) no había servido para nada y pensaba en mi madre que, cada vez que había tenido que enfrentarse con alguna enfermedad nuestra, siempre consiguió vencerlas. Como cuando a Carlos le dio la parálisis infantil y no paró hasta que consiguió que no quedara paralítico, únicamente le quedó un pie algo encorvado que le hacía cojear pero no le impedía practicar ningún tipo de deporte. o cuando a Mary se le rompió una pierna y obligó al médico escayolarla hasta tres veces para que no le quedara una pierna más corta que la otra. O yo misma, que me golpeé un dedo con una piedra y no hizo caso del médico de cabecera cuando dijo que lo único que yo tenía eran caprichos de niña mimada, me llevó a un especialista de hueso y resultó que ya se me estaba engangrenando. Y tantas y tantas cosas más; pero aún cuando España no era por aquel entonces, ni se aproximaba siquiera, al ideal de cualquier país desarrollado, sí había una tradición y una cultura que ayudaron a mi madre a sacarnos adelante. Pero en África, sus tradiciones habían sido arrancadas de cuajo por los blancos y éstos nunca les permitieron acceder ni a sus tradiciones ni a sus avances. Así que las madres zaireñas se contentaban con que algún hijo sobreviviera, porque no había nada que les ayudara o facilitara la tarea. Carecían hasta de lo indispensable, siempre aplastadas, siempre pisoteadas, nunca tenidas en cuenta, de manera que les han despojado hasta de su dignidad. Y, además, eran las culpables de todas las desgracias, cuando la mayoría de las veces, por no decir siempre, eran las únicas en padecer y soportar las desgracias.

Cuando recuerdo a aquella madre con su hijita muerta en brazos entregándomela, siempre me hago la misma reflexión: siento que me está diciendo ahí tienes lo que la civilización blanca nos está haciendo, nos está matando

y además nos critica y desprecia por ello. Entérate de una vez que esta niña, por ser negra y por ser zaireña, no tiene ni derechos ni opciones, mientras que tú, por ser blanca, gozas de todos los privilegios en mi país en detrimento mío y de mis hijos que no sobreviven. Examina tu conciencia y después, si puedes, mírame a la cara y sigue diciéndome lo que puedo o debo hacer. Me sentí culpable de todas las atrocidades que la humanidad ha cometido en todos los tiempos, especialmente el genocidio encubierto de los blancos hacia los negros. Aunque no hubiera participado directamente, la historia, la cultura, la tradición y la educación me habían metido en ese engranaje y falaz de blanca civilizada y superior.

Siempre digo desde entonces, absolutamente convencida desde lo más profundo de mi ser, que todos los seres humanos somos iguales, porque ni elegimos el país donde vamos a nacer, ni quiénes van a ser nuestros padres, de qué color va a ser nuestra piel, ni dónde nos vamos a morir y, en consecuencia, nadie tiene derecho a avasallar a nadie ni a privarle de su dignidad.

La comunidad de chicas de Ekumene, estábamos en Lubumbashi, éramos cuatro en aquel momento. Dos se ocupaban de las mujeres en la cité de Kenia (barrio periférico de Lubumbashi, construido por los belgas para la comunidad negra). Tenían una guardería, un centro de salud y talleres de corte, confección y bordados, así como máquinas de tejer industriales. Funcionaba como una empresa social, es decir, todas las mujeres que trabajaban allí eran copropietarias, recibían capacitaciones permanentes y eran sus propias administradoras. Las otras dos (Vicen y yo) nos ocupábamos de los maestros con los que creamos también la empresa social de la granja como una forma de dignificar su vida y su profesión. Nos reuníamos cada mes para ver la marcha de la granja, distribuir trabajos, aceptar o no a nuevos miembros y hacer nuevos proyectos. Todos éramos responsables al mismo nivel y todos participábamos de los mismos trabajos, sin ningún tipo de distinciones. Vicen y yo éramos quienes nos encargábamos de tocar las puertas de organismos internacionales para conseguir fondos que hicieran posibles nuestros proyectos (por ejemplo, las bicicletas, la construcción de viviendas dignas en el recinto de la granja, la adquisición de bueyes que nos permitieran aumentar el terreno labrado y, por ende, sembrado con menos esfuerzo por nuestra parte; pero también, como cualquier maestro, nos íbamos a la granja en bicicleta, labrábamos la tierra con la azada, arrancábamos hierbas, poníamos abono, recogíamos la cosecha y desgranábamos el maíz exactamente igual que cualquier otro maestro, y recibíamos nuestra parte correspondiente de la cosecha. Nuestra casa, un chalet precioso en una zona residencial, reunía todas las condiciones para almacenar allí el maíz y poder ir distribuyéndolo a lo largo del año y de esta manera, los maestros tenían asegurado el bukari todo el año.

Esta decisión, como todas las que tomábamos, fue tomada por todos los maestros en una de nuestras reuniones mensuales, porque en la sociedad zaireña el círculo familiar no se circunscribe únicamente a abuelos padres e hijos, sino a todos los miembros de una misma aldea e, incluso de la misma tribu. O sea, que si hubieran llevado a su casa de una vez todo el maíz de la cosecha, antes de cinco minutos estarían obligados a compartirlo con lo que el continuo sacrificio que significaba la granja quedaría sin compensación alguna que mereciera la pena.

Los familiares y allegados aparecían a la hora del reparto, pero eran inexistentes cuando tocaba trabajar, y los maestros no iban a la granja para matar el tiempo, sino para tratar de matar el hambre que les acuciaba y asegurar el futuro de sus hijos, en el sentido de que si comen sobreviven porque con los salarios que tenían no les alcanzaba absolutamente para nada (unos salarios que no eran pagados puntualmente y, a veces, pasaban meses sin que vieran un centavo y siempre esperando percibir los atrasos).

Además de Vicen y yo, en el grupo de maestros, había una maestra, mamá Thérèse, una mujer con una determinación y un coraje que bien merece un comentario aparte. Tenía entre cuarenta y cincuenta años, siempre iba descalza, con un pañuelo en la cabeza y vestida de colores oscuros, con una vida intensa a sus espaldas, llena de tragedias, un presente con un marido borracho y maltratador, un montón de hijos famélicos y ella la única encargada de sacar adelante a la familia. Si yo hubiera tenido que pasar por la milésima parte que esta mujer soportó, haría mucho tiempo ya que hubiera tirado la toalla, pero mamá Thérèse no desesperaba ni en los momentos más desesperantes. Nunca se atrevió a ir a la granja en bicicleta porque no sabía andar en ella (yo creo que cambió la bicicleta por un saco de maíz para dar de comer a su familia), así que se iba caminando los 16 kilómetros sin que por ello rindiera menos en el trabajo. Los maestros la llevaban en sus bicicletas, pero un día el marido le dio una gran paliza por abrazarse a otro hombre en público (el abrazo no era otra cosa que sujetarse en la bicicleta para no caerse) y prefirió irse caminando para no crearse ella problemas ni creárselos a los maestros.

El grupo de muchachos de Ekumene estaba en plena selva, a 200 kilómetros de Lubumbashi. Esa distancia en el Zaire significaba un día de viaje, si todo iba bien. Consiguieron una granja abandonada en Lukotola (así se llamaba la aldea), acondicionaron la antigua casa de la granja y allí se instalaron con un grupo de muchachos zaireños.

Trabajaban la tierra y se alimentaban exactamente igual que los zaireños, es decir, té por la mañana, bukari y alubias al mediodía y otra vez bukari por la noche. Al mismo tiempo que los muchachos zaireños se robustecían porque comían tres veces al día (a lo que no estaban precisamente acostumbrados), los blancos iban adelgazando hasta llegar a no tener más que huesos y piel.

Recibían muchas críticas de parte de toda la comunidad blanca, incluidos los misioneros, porque a mi entender, eran una denuncia viviente de la situación que atravesaba la sociedad zaireña. Con los años consiguieron un desarrollo significativo en Lukotola para toda la población: domesticaron bueyes para trabajar la tierra (algo inédito en el Zaire), llevaron agua potable a la aldea desde un manantial no contaminado, escuela, centro de salud..., en fin, que cundió el ejemplo y gente de otras aldeas siguieron el ejemplo.

Que los muchachos llevaran esa forma de vida era criticable, pero más o menos aceptable, pero que Vicen y yo lo trasladáramos a la ciudad y siguiéramos su ejemplo, significó que todo el mundo pusiera el grito en el cielo, aunque nuestra alimentación fuera la de los blancos y viviéramos en una de sus confortables casas. Las mayores trabas llegaron, precisamente, de los misioneros blancos y muchos de ellos, incluso, nos hicieron un absoluto vacío y es que no era de recibo que estuviéramos ennegrecidas por el sol, con las manos llenas de callos y de tierra las uñas, que atravesáramos la ciudad en bicicleta chorreando sudor en una ropa sucia y llena de barro de regreso de labrar la tierra, peor aún, siendo domingo, día de encuentros sociales, de comidas succulentas y de actitud contemplativa. Para ellos era como si renegáramos de nuestra clase para mezcláramos con los negros, cuando debería ser al contrario: hay que ayudar a los negros, pero quedándose cada uno en su lugar, guardando las distancias, vaya.

El mejor apoyo que tuvimos siempre fue el de los muchachos de Ekumene: Nos comprendían, nos ayudaban, nos orientaban en cómo debíamos hacer las cosas y, sobre todo, nunca nos dejaron caer en el desánimo, además de dar la cara por nosotras ante todos nuestros detractores.

A pesar de que en todas partes yo me he sentido igual a todos, ni inferior ni superior, había un contraste brutal entre mis vivencias de Francia y las de Lubumbashi. En Francia, yo era la emigrante de un país subdesarrollado, por lo que era suficiente con que me permitieran vivir allí sin más pretensiones de ningún tipo. En el Zaire era mucho más que todo lo contrario. Mis derechos y privilegios venían por el mero hecho de ser blanca y eran, además, en detrimento de los nativos de allá. Por ejemplo, ningún zaireño tenía acceso a las granjas abandonadas por los belgas cuando llegó la independencia, así que la granja de los maestros estaba registrada a nuestro nombre y, legalmente, era propiedad nuestra. Para que los maestros pudieran usar sin problemas la bicicleta, también las bicicletas estaban a nuestro nombre. Era la época de esplendor de Mobutu con sus temibles policías del MPR (Movimiento Popular de la Revolución) corruptos hasta la médula, que no permitían respirar a los zaireños si no les pagaban por ello; con sus militares famélicos que también buscaban la manera de conseguirse el bukari porque, al igual que los maestros, sus salarios eran de miseria y también había atrasos en sus pagos (de

los militares que hablo, es de los soldados rasos, naturalmente). Era una costumbre generalizada entre los blancos, bajar la ventanilla del coche y entregar dinero a los soldados o a los del MPR para circular sin problemas por todas partes y como los de Ekumene no estábamos por la labor, empleamos muchas horas parlamentando y hasta discutiendo para poder pasar sin que tuviéramos que pagar por ello.

En el Kilómetro 14 de la carretera Madrid-Valencia conocí y conviví con los verdaderos marginados y desheredados de la tierra en España. Siempre con Ekumene, a quien el arzobispado de Madrid le encargó aquella parroquia, vivía con otra compañera de Ekumene en la casa parroquial y nuestras funciones eran las propias de una parroquia: Catequesis, bautizos, comuniones, bodas y entierros (las misas las daba un sacerdote, por supuesto).

Era una barriada de miseria, pero incluso allí había clases y marginación entre ellos. La “aristocracia” estaba formada por los que tenían casas construidas de ladrillo (sin planos ni arquitectos, por supuesto) mientras que los pobres eran los que tenían las casas de cartón y de desechos que recogían del basurero de Madrid, que estaba a un kilómetro de la barriada. Yo, que había estado en el Zaire trabajando para sacar de la miseria a quien quisiera de los maestros, sin preguntarles por sus creencias religiosas ni exigirles pertenecer a una religión para pertenecer a la empresa social, no podía circunscribir mi labor exclusivamente a los católicos que iban a la iglesia y que curiosamente, pertenecían a esa “aristocracia” del lugar, así que revolucioné todo el status que allí había y las puertas de la iglesia se abrieron de par en par para quienes no creían en ella. Mi manera de entender el evangelio ha ido siempre mucho más allá de ir a misa o recibir los sacramentos y considero mucho más importante ponerse en el lugar del otro y descubrir sus necesidades, sin quedarse cruzados de brazos, sino todo lo contrario.

Llevamos al hospital a un señor que vivía en una cueva y estaba totalmente alcoholizado, estaba vomitando sangre y pasábamos ratos con él en el hospital convenciéndole de que se quedara porque él prefería estar en su cueva. Otro matrimonio mayor, alcoholizado también, tenía unas peleas escalofriantes, y más de una vez tuvimos que llevar a la mujer a un puesto de socorro para que le suturaran alguna herida, en la cara sobre todo, hecha por algún objeto que le había lanzado el marido. Nunca conseguimos que pusiera una denuncia y es curioso, porque nos pedía ayuda cuando estaba chorreando sangre y se convertía en nuestra enemiga cuando las cosas iban más o menos bien en su casa. Acompañamos a una señora que estaba en fase terminal de cáncer hasta que murió y ayudamos a la familia en todos los trámites, además de darles cercanía y amistad. Eran emigrantes retornados de Francia y conseguimos que les dieran una pensión por el tiempo trabajado en Francia. Llamamos a todas las puertas para conseguir viviendas dignas para todos ellos, convirtiéndonos

en sus portavoces, llenando solicitudes y facilitándoles asesoría legal. En la noche dábamos clases y preparábamos para el graduado escolar. Todavía había algunos que no sabían leer ni escribir. Y cuando empezaron las obras para la autovía conseguimos arrancarle a la empresa contratada unas cuantas mejoras para aquella barriada.

Para mí, el Kilómetro 14 significó una gran riqueza personal, porque me despojé de muchos complejos y prejuicios y sobretodo, de hipocresía. Me refiero a que, aunque fuera de una manera inconsciente, hasta entonces ignoraba y creo que despreciaba a la gente como la que vivía en el kilómetro 14, tampoco había tenido contacto con ellos hasta entonces. Queda muy bien irse de misionera a África, pero alzarle en la voz de tus paisanos no provoca más que rechazo, empezando por uno mismo, que das por sentado muchas cosas sin querer indagar en las causas que lo originaron. No ves a las personas en realidad, sino que solamente ves las circunstancias que las rodean y aplicas los tópicos al uso de delincuente, borracho o drogadicto. Si consigues atravesar esa barrera de los tópicos y llegas a la persona, la escuchas, la ves, la comprendes, te solidarizas con ella y le tiendes la mano, de ninguna manera puedes quedarte indiferente.

Llegué a El Salvador de la mano de Cáritas para un proyecto de viviendas provisionales para los desmovilizados por el tratado de la frontera entre Honduras y El Salvador, financiado por la Unión Europea. Los materiales que se les proporcionaban eran los horcones y las láminas para construir una galera de 25 metros cuadrados por familia. Ellos mismos tenían que forrar esa galera con los materiales que tuvieran a mano. Les ubicaron entre la bahía de Jiquilisco y el río Lempa, entremezclados con los nuevos asentamientos de antiguos soldados participantes en la guerra civil, así como antiguos guerrilleros que habían entregado las armas y acogido a los Acuerdos de Paz. Mi primera batalla, que no fue ninguna nimiedad, fue para conseguir que toda la ayuda económica proveniente de la Unión Europea se emplease íntegramente para lo que había sido destinada. El resultado fue que alcanzó para mucho más de lo presupuestado, porque se habían abultado los precios (por algún funcionario salvadoreño en connivencia con un proveedor, para sacar tajada) y se pretendía, además, comerciar con una parte de los materiales. Con ello me gané las iras de los corruptos y los amores incondicionales de los beneficiarios.

Pero mi experiencia más impactante en El Salvador fue el desbordamiento del río Lempa. A causa de lluvias torrenciales, la compañía eléctrica abrió las compuertas de la presa en plena noche y sin previo aviso, por lo que todas estas comunidades quedaron completamente anegadas. Algunas familias pudieron salir a tiempo y se les proporcionó refugio en centros de salud, escuelas e iglesias, pero muchas otras se quedaron atrapadas en el agua.

No hubo muertos, por fortuna, pero sí muchos enfermos de infecciones en las vías respiratorias y en la piel. Se organizó un comité de emergencia del que formaban parte el gobernador de la región, la comandancia militar, el obispo y yo misma, desde el que programábamos y coordinábamos las acciones en toda la zona afectada.

Al principio, había reticencias por parte de los militares y hubo momentos de mucha tensión, pero cuando vieron que tenían mucho que perder y nada que ganar, tengo que decir que hicieron una labor extraordinaria. El primer choque fue porque consideraban un lujo innecesario proporcionar a los damnificados comida enlatada y agua embotellada y el más fuerte llegó a la hora del reparto. No teníamos ningún problema para hacer llegar los alimentos y medicinas a los que estaban en refugios y estábamos bien organizados para el reparto. No así con los que se habían quedado aislados, ahí dependíamos totalmente de los militares. A algunas comunidades sólo se podía llegar desde el mar, por lo que un barco militar se encargaba de hacer llegar los alimentos. A otras comunidades podíamos llegar con camiones del ejército, y en otras hacíamos llegar los alimentos y el agua por medio de un helicóptero, que por cierto fue con el helicóptero con quien más problemas tuvimos. Los salvadoreños tenían muy presentes todavía las brutalidades de la guerra, así es que cuando los pilotos del ejército les exigieron bajarse del helicóptero, temblaban al hacerlo (en todas las distribuciones iba alguien del comité de emergencia como responsable del reparto). No estaba previsto que yo fuera en el helicóptero, pero como no estaba dispuesta a ningún tipo de atropello, me subí al helicóptero y no les permití que me bajaran del mismo. Cuando quedaba aproximadamente un tercio de la carga, dicen que ya se ha terminado el reparto, que lo que queda es su cuota por el trabajo. Yo no sé por qué, en circunstancias críticas como aquella, en lugar de tener miedo, lo que prevalece en mí es la necesidad de hacer prevalecer la justicia. Sólo tenía en mente a los que permanecían a la intemperie con los pies en el agua y bajo la lluvia, aguantando hambre y sed y nosotros teníamos con qué paliar algo su situación. Cuando aquel capitán del helicóptero me dijo, rifle en mano, que él mandaba en el helicóptero, no menos firme, aunque sin rifle pero sí con ira, le repliqué que en los alimentos mandaba yo y no nos íbamos hasta haberlos descargado todos y por supuesto, se hizo lo que yo dije. Al regreso a la base sí me hicieron pasar miedo, aunque para ellos aparenté estar gozando del viaje. Y es que empezaron a hacer unas piruetas, que no salí disparada por el aire porque me sujeté a tiempo y mientras me agarraba fuerte con una mano a una barra del aparato, con la otra fotografiaba sin parar los estragos de aquella inundación, cuya panorámica se aprecia mucho mejor desde el aire. Estaban programados tres viajes por día del helicóptero, y como vieron que ni gritaba ni pedía que me bajaran, me dijeron que iban a llevarme al centro de distri-

bucción, porque ellos tenían que repostar gasolina, así yo podía descansar, a lo que yo les repliqué que no me bajaba del helicóptero hasta que hubiera completado los tres viajes programados. No les quedó otro remedio que llevarme a hacer turismo aéreo, bien bamboleado, por cierto. Después me comentaban admirados mi postura y se deshacían por complacerme.

Con los soldados de los camiones, también tuve sus más y sus menos para que colaboraran en la descarga de los camiones y la entrega a las comunidades. No había problemas para descargar el camión, pero había que formar una cadena con el agua hasta la cintura e ir pasando las cajas en alto a los de la comunidad. Como el agua tenía de todo menos limpieza, los soldados no estaban por la labor y lo hacían a regañadientes, después que habláramos con los mandos, con comentarios hacia mi persona que pretendían descorazonarme y que sólo me divertían, sin molestarme en absoluto, porque estábamos consiguiendo lo que realmente me interesaba, que era pasar los alimentos, sin que se perdiera ninguno, con rapidez, a todas aquellas comunidades aisladas por el agua. Poco a poco trabajamos en medio de un ambiente cordial; los soldados me llamaban abuela y yo les decía que los nietos tienen que respetar a las abuelas y hacer de buena gana lo que les piden. Si se quejaban por la dureza del trabajo, yo les replicaba que estarían menos cansados si no anduvieran todo el día cargando los rifles y me dejaban por imposible (siempre he tenido facilidad de palabra y es muy difícil vencerme en ese terreno; en una ocasión, un misionero en el Zaire dijo de mí que, cuando no hablaba, me salían letreros, y creo que está en lo cierto).

Fue un mes agotador, pero mereció la pena porque se atajaron a tiempo todas las enfermedades infecciosas, se atendieron a tiempo todas las necesidades puntuales de la gente, derivadas de la inundación, y tan importante fue la organización sobre el terreno como la ayuda internacional, que primero enviaron el dinero y cuando ya hubo pasado todo, se hizo el papeleo necesario. Lo que prevalecía en la mente de todos era hacer frente a aquella emergencia de la manera más efectiva posible y enfocado preferentemente a las personas afectadas. Los políticos y los militares entendieron que tenían que implicarse si querían fortalecerse y ganar popularidad y aceptación, así es que se entregaron de lleno a la tarea y en gran medida facilitaron el éxito. A partir de la segunda semana, cuando los militares llegaban a la aldea donde habíamos instalado el centro de operaciones, se me presentaba el capitán al mando con saludo militar y muy solemnemente, después de darme su nombre y cargo, me preguntaba qué órdenes había para ese día. Y todos hacíamos bromas sobre el asunto y lo hacían, por supuesto, llamándome comandante, capitán, pero, de preferencia, sargento, en medio de un ambiente agradable que distendía la tragedia del momento.

Pasamos muchas noches sin dormir y muchos días entre el agua y el lodo, pero no dejamos de comer ni un solo día, porque las gentes de la aldea donde teníamos el centro de operaciones (Nueva Esperanza, se llamaba la aldea) llegaban hasta nosotros con un plato de comida y un vaso de café, asegurándose bien de que comíamos y bebíamos lo suficiente cada día.

Desde El Salvador me reencontré con Octavio, un chileno compañero de Ekumene en El Zaire, maestro de vocación y de profesión, que estaba en Petén (Guatemala) dedicado a la enseñanza en una aldea de muy difícil acceso (El Naranjo), próxima a la frontera con México por el estado de Tabasco. Por aquel entonces trabajaba en una fundación, Finca del Niño, que acogía a niños huérfanos de guerra.

Nuestra amistad se hizo más profunda y desde 1997 compartimos amor, convivencia y proyecto de vida, año en el que me vine a El Naranjo para iniciar una vida en común con Octavio. La escuela de la Finca del Niño se amplió para los niños de la aldea, con clases de primaria y básico, y se abrieron tres escuelas más en aldeas de los alrededores, donde los niños no estaban escolarizados.

A la muerte del fundador de la Finca del Niño, se deshizo la Fundación, haciéndose cargo de las escuelas la Asociación Fe y Alegría, institución que se dedica a la enseñanza, con Octavio como director de las mismas. Me cuesta hablar de esta institución, porque sin explicaciones ni contemplaciones, Fe y Alegría nos cesó a los dos en enero de este año, justo cuando la situación ha mejorado de tal manera que ya no representa ningún esfuerzo dedicarse a la enseñanza en El Naranjo y se dan las condiciones necesarias para ello, quedando nosotros dolidos y obligados a tomar el camino de regreso a España, en una edad que ya no facilita las cosas para nuestra reinserción laboral, sin más capital que nuestra experiencia de vida entregada al servicio de los demás, y se nos hace muy cuesta arriba, naturalmente.

Sólo diré que hemos estado luchando contra corriente para impartir una enseñanza de calidad, de manera que los alumnos se conviertan en seres informados y pensantes, capaces de tomar las riendas de su vida y de su futuro. Hemos recorrido a pie (no había otra forma de acceso a muchas aldeas de Petén) muchos kilómetros del departamento de Petén para llevar maestros e instaurar escuelas en comunidades olvidadas de la mano de Dios. Que conseguimos becas para que los alumnos que salían del Básico pudieran continuar sus estudios medios, obteniendo una profesión.

Hoy, que El Naranjo goza de carretera asfaltada, luz, teléfono, internet y servicios bancarios, no deja de ser una satisfacción encontrar en puestos de responsabilidad a antiguos alumnos nuestros becados y un poco conminados a proseguir sus estudios, que nos dan muestras de su afecto y cercanía, probando con ello que siempre merece la pena luchar por los demás. Aunque

somos conscientes también de que en las alturas siempre habrá intereses que nada tienen que ver con los objetivos plasmados en sus idearios, que se contraponen con esos mismos objetivos, además de personas que sólo atienden a sus intereses particulares, generalmente ambiciosos tanto a nivel económico como social, que utilizan las miserias ajenas como trampolín para subir en su escala social y económica.